

**CRITERIOS EDUCATIVOS Y ESPÍRITU ILUSTRADO
EN *EL ESPECTÁCULO DE LA NATURALEZA*
DE N. A. PLUCHE SEGÚN LA TRADUCCIÓN
DEL JESUITA P. TERREROS**

BEGOÑA CAVA MESA y BEGOÑA ECHABE PÉREZ
Universidad de Deusto

El término *Ilustración* se define como el “movimiento filosófico y literario del siglo XVIII europeo y americano, caracterizado por la extremada confianza en la capacidad de la razón natural para resolver todos los problemas de la vida humana” [Dic. R.A.L.E. (1992¹), p. 806]. Pero, para ser más precisas, recordamos que la Ilustración es aquel movimiento cultural europeo del siglo XVIII, centrado especialmente entre 1715 y 1789, denominado así por su declarada finalidad de disipar las tinieblas de la humanidad mediante las Luces de la Razón¹.

La Ilustración es una etapa histórica de la evolución global del pensamiento burgués [Cobban (1990), pp. 61-81], si bien, socialmente, sus animadores no fueron solo las capas burguesas [Sarrailh (1979²), pp. 122-136]. Desde un primer momento quedó configurado como una ideología de los intelectuales elitistas, cuyas mentes pensantes

(1) Etimológicamente, el término *Ilustración* deriva del latín “lustre”, que significa brillo o esplendor y da lugar al verbo *lustrare*, en cuya definición se nos muestra una nueva acepción junto a la de “iluminar”, que es “purificar”. En todos los países de Europa se relaciona con la palabra luz: *Lumières, Enlightenment, Iluminismo, Aufklärung*.

se manifestaron en salones y tertulias con una situación confortable que su misma posición social proporcionó. Parte de estas reuniones las fomentaban damas de la alta sociedad, como Mme. Pompadour o Mme. de Geoffrin, cuyo salón acogía a artistas, hombres de letras, de ciencias y filósofos.

Como hemos adelantado, el arma de la Ilustración es la razón. Una razón desprovista de contenido preestablecido y convertida en un instrumento de búsqueda cuyo poder no consiste en poseer, sino en adquirir (*Libido sciendi*). Con ella los ilustrados luchan contra la superstición, las formas tradicionales de la religión, el argumento de autoridad y las estructuras políticas y sociales anquilosadas, intentando eliminar cualquier elemento de misterio, extrañeza o milagro. Es por tanto, una ideología antropocéntrica, llena de optimismo activo frente al futuro porque cree en el progreso conseguido a través de la razón. Es la posibilidad de instaurar la *felicidad* en la tierra y de mejorar a los hombres, “de por sí buenos”, según los *Philosophes*. Se trató de un movimiento entusiasta basado, no en un frío racionalismo, sino en el convencimiento de que la sensibilidad, como aptitud de la emoción, es potenciadora de la razón, si viene guiada de la experiencia: “A medida que el espíritu adquiere más Luces, el corazón adquiere mas sensibilidad”. Se produjo una coyuntura favorable a la reforma de la educación, produciéndose una postura crítica frente a la enseñanza tradicional. La efervescencia pedagógica hay que buscarla en la fe de las ciencias y en los instrumentos de mejora material y moral del hombre [Jovellanos (1858), pp. 230-267]. La educación podía regenerar el país y devolver al ciudadano la dignidad y la libertad. Esta idea se convirtió en un mito, según el cual la instrucción generaba la felicidad de los pueblos. Solo así era posible erradicar la ignorancia, causa de todos los males, y se podría formar un ciudadano útil y virtuoso. El revisionismo educativo tuvo, gracias a la RSBAPV, y más concretamente al estímulo de Peñafloreda, una especial aplicación en el Seminario Patriótico de Bergara, con una intención ética y pedagógica para elevar el nivel de la nación. Estos avances en la educación alcanzaron a las mujeres en su formación intelectual. Así lo promovió Josefa Amar y Borbón, socia de mérito de la RSAAP, cuyo logro fue equiparar la educación del hombre y la mujer para evitar la ociosidad y buscar eficacia y progreso [López Cordón (1994)].

La ampliación del mundo conocido provocó que muchos europeos y “ultramarinos” comenzaran a reflexionar desde perspectivas novedosas sobre los problemas de una humanidad que ellos querían en libertad, igualdad, fraternidad y tolerancia. Esta circunstancia posicionó a los hombres del siglo XVIII ante la tesitura de aceptar que había otros modos de evolución y progreso, así como diversas realidades sociales. Una de las transformaciones en la mentalidad europea, derivada del ideario ilustrado, fue la nueva percepción de la Naturaleza². La nueva sensibilidad del conocimiento desembocó en una rigurosa acumulación de informaciones, que dieron lugar a numerosos compendios al más puro estilo encicpedista. Las mismas expediciones científicas en América fueron fruto y consecuencia directa de la “curiosidad” del siglo XVIII.

Adaptándose al desarrollo de las ideas ilustradas, aparecieron en el panorama español los reformistas Campomanes y Jovellanos quienes coincidieron con otros innovadores en la lucha contra la ignorancia, el cambio educacional como instrumento básico de reforma y la defensa de un liberalismo económico para el progreso del comercio y la industria.

La apuesta por poner al día la renovación cultural en España se llevó a cabo a través de la política regia, los grupos de poder que controlaban la política cultural y los ilustrados, que proponían sus objetivos y modelos [Valero (2002); Sarrailh, (1979²)]. El reformismo cultural en España no se movió solo en el terreno de las ideas y el conocimiento, sino que también le interesó incidir en la transformación social del país.

Hacia la década de los 30 se observó una apertura hacia la crítica historiográfica, el método experimental y el anti-escolasticismo, formándose en el seno de la Compañía de Jesús una línea reformista en el que destacaron hombres como los Padres Terreros, Cerdá, Rávago, los hermanos Burriel, Isla y, tras 1767, con la expulsión de los jesuitas, los Padres Arteaga, Masdeu y otros más. Hubo una estrecha colabo-

(2) El concepto ilustrado de la Naturaleza abarca una óptica más amplia que lo entendido actualmente.

ración entre los jesuitas y los intelectuales de la corte, encaminada a un programa cultural para facilitar la modernización de la nación³. *La Academia del buen gusto* de la Condesa de Lemos congregaba, entre 1749 y 1751, a personajes tan variados como Montiano, Blas Nasarre, Luis José Velázquez, Juan de Iriarte, Luzán y los jesuitas P. Isla y hermanos Burriel, entre otros.

La obra del Abad Pluche, *El Espectáculo de la Naturaleza*

La realización de obras enciclopédicas y sistematización de información dispersa, constituye un proyecto del siglo ilustrado con la erudición de la cultura humanista ya presente en los últimos decenios del siglo anterior⁴.

Entre las diferentes obras compuestas, destaca por su importancia y difusión la obra del Abad Noël Antoine Pluche, *Le Spectacle de la Nature ou entretiens sur les particularités de l'histoire naturelle*, editada en nueve volúmenes, a partir de 1732. Se trata de una enciclopedia de Ciencia Natural. Los diferentes contenidos de *El Espectáculo* muestran que la obra “ha superado la mera realidad natural, dado que anticipa y propone un ideario antropológico, social y religioso de la realidad humana” [Riera (2003), p. 196]. La obra, considerada de un deísmo suave, es insistente en las causas físicas o físico-teológicas que

(3) La reordenación de los estudios pasó a ser competencia jesuítica: la Universidad de Cervera, creada en 1717, pasó a manos de los jesuitas y el Seminario de Nobles, nacido en 1727, fue uno de los centros educativos con mayor prestigio en la Corte. Los padres confesores, Daubenton y Rávago, se erigieron como protectores de la cultura y apertura de archivos. En definitiva, las instituciones centrales de producción cultural estaban bajo control de la Compañía de Jesús.

(4) La defensa de dichas obras y diccionarios la demandaba para España en 1734 D. Gregorio Mayans y Siscar en sus *Cartas morales, militares y civiles*. Entre los diccionarios científicos más conocidos nos consta *Clave médica quirúrgico universal*, del médico Francisco Suárez de Ribera (Madrid, 1730); un glosario de botánica, mineralogía y anatomía. En definitiva, un diccionario científico general y uno de los primeros en editarse en lengua castellana. En la actualidad, los diccionarios técnicos y científicos constituyen un aspecto poco estudiado. ASTIGARRAGA y ZABALZA [(2006), p. 5] remarcan cómo se está empezando a estudiar la relevancia de diccionarios y enciclopedias en la difusión del pensamiento económico, así como el movimiento enciclopédico en la historia cultural europea.

regían en la creación. Esta aplicación de la crítica racional al campo de la fe religiosa, tiene en el deísmo la racionalización de la visión del mundo, tan típica del Siglo de las Luces. Los deístas sentían a Dios más cercano, a la razón que a lo sobrenatural, pues consideraban la inmensidad y racionalidad de la Creación como la mejor prueba de la existencia de Dios [Sánchez Blanco (1991); Hazard (1946); Baumer (1985), p. 180].

Se trató de una obra modélica en su clase y un auténtico *best-seller* para el siglo Ilustrado, lo que permite concluir que su objetivo divulgador se cumplió con creces. En Francia se realizaron 57 ediciones desde 1732 y 1735⁵, figurando en las principales bibliotecas de la elite cultural francesa, desde la de madame de Pompadour, a la del enriquecido duque Emmanuel de Cröy, pasando por la del Amigo Bascongado Narros, y otros gabinetes y círculos interesados por las Ciencias Naturales y el progreso. Además, fue traducida al inglés, al italiano, al alemán y al castellano⁶.

El jesuita vizcaíno P. Esteban Terreros y Pando (1707-1782)⁷ fue el responsable de esta magna traducción, bajo el título: *Espectáculo de la Naturaleza ó Conversaciones a cerca de las particularidades de la Historia Natural que han parecido mas a propósito para exercitar una curiosidad util y formarles la razon a los Jovenes Le^{ct}tores*⁸.

(5) Otras fuentes indican que fueron dieciocho reediciones.

(6) En España, a mediados del siglo XVIII, algunas voces ilustradas, como la del P. Feijóo, se alzaron, no solo para estimular la traducción de estas obras enciclopédicas, sino para alabar las traducciones existentes, para “beneficio de la Patria”. En sus *Cartas eruditas y curiosas*, exactamente en la número XXIII, fechada en Oviedo el 14 de julio de 1759, citaba algunas de las traducciones al castellano, como la de la literata e ilustre D.^a María Catalina de Caso, que había trasladado al castellano *El Tratado de estudios de monsieur Rollin*, una “obra de suma utilidad” para la enseñanza de las primeras letras y sus métodos.

(7) Es digno de aprecio su *Diccionario castellano con las voces de las Ciencias y Artes*, Madrid, 1786-1793. La escasez de vocabulario científico castellano y las dificultades en la traducción impulsaron al jesuita vizcaíno a componer esta obra, que pudo ser publicada gracias al apoyo de Floridablanca, a pesar de la medida de expulsión de los jesuitas, las dificultades económicas y el exilio de Terreros en Forlí.

(8) En la transcripción de los textos hemos respetado la grafía, la acentuación y la puntuación originales.

La primera edición en castellano, que es la que hemos utilizado para este trabajo, se realizó en Madrid, en la imprenta de Gabriel Ramírez entre 1753-1755, constando de 16 volúmenes en 4.º, de 20 cms⁹. Se sucedieron otras tres ediciones, elaboradas en Madrid por célebres imprentas: Joaquín Ibarra (1757-1768), Pedro Marín (1771-1773) y Andrés Sotos (1785). Estas dos últimas ediciones corrieron a cargo de la Real Compañía de Impresores y Libreros del Reino y carecen de los preliminares tan sustanciosos del traductor [Sempere y Guarinos (1785-1789); Uriarte (1906); Aguilar Piñal (1995); Riera Palmero y Riera Climent (2003)].

Sempere y Guarinos comenta en su *Reflexión sobre el buen gusto* (1872) que

“las claras ideas y el bello estilo con que aquel sabio autor hace perceptibles las obras de la Omnipotencia atrajo a sí la afición y gusto del reino. Hasta en los estrados mas altos y entre las damas llegó a hacerse de moda el hablar de Historia Natural, de los animales, de las plantas de los minerales, de los oficios y fábricas” [PÉREZ GOYENA (1931), p. 13].

De igual modo, en 1759 el P. Feijóo, a quien el P. Terreros había aprobado en 1753 el IV tomo de sus *Cartas Eruditas*,¹⁰ valoraba de la siguiente manera las consecuencias de la traducción realizada por el erudito P. Terreros:

Lo que servirá para retener dentro de España una mediana poción de dinero; porque la copia de noticias importantes y amenas contenidas en aquella obra, movería a que los inteligentes de la lengua francesa y amantes de la buena literatura, lo trasladen a Francia.

(9) Actualmente se conservan ejemplares de esta primera edición (1753-1755), al igual que de la edición de 1757, en las principales bibliotecas nacionales. Para esta comunicación hemos consultado ambas ediciones, en estado de muy buena conservación, en la Biblioteca de la Universidad de Deusto-Bilbao.

(10) Desde su labor de censor, el jesuita vizcaíno estima que este tomo, como los 14 restantes, que han visto la luz de la mano del P. Feijóo es obra de “erudición, solidez, religión y piedad sin cosa alguna que se oponga a la Santa Fe, buenas costumbres y regalías de S.M.”

Efectivamente, la traducción del P. Terreros fue especialmente cuidadosa. No solo utilizó varias ediciones del original francés, sino otras europeas, como la impresa en Venecia por Juan Bautista Pascal (1745) o la editada en Ámsterdam (1743), con el fin de cotejar informaciones, así como algunos términos, que precisa con criterio de traductor erudito para el público español. Del mismo modo, utilizó numerosos diccionarios con minuciosidad y esmero, resolviendo los problemas terminológicos y actualizando el idioma a los progresos de la ciencia del siglo XVIII, “para que no careciese mi amada Patria del bien que gozan ya las ajenas”¹¹. Incluso, su lenguaje se acomodó a los términos más comunes, en aras de facilitar su comprensión, usando una lengua castellana “sonóra, expresiva, abundante, dulce, proporcionada en fus fylabas ; y en una palabra, capáz de todo”. A ello se suman 97 láminas de estampas que ilustran la obra, con el fin de potenciar al máximo la visualización de criaturas y máquinas¹².

De la misma forma que el abad Pluche, el jesuita vizcaíno efectuó un exigente trabajo de campo, con la intención de proceder a comprobaciones con maestros y artesanos, sobre herramientas y actividades prácticas que le hicieron ser conocido por sobrenombre de “el Padre curioso”, según explica Miguel de Manuel [(1793), p. X].

Otra de las excelencias de la traducción de Terreros fueron las 1.500 notas que, según comprobamos, completan y aclaran aspectos de carácter terminológico, facilitando su comprensión al lector español¹³. Por este motivo, consideramos la entente Pluche-Terrerros como fundamental al acercarnos al contenido de *El Espectáculo de la Naturaleza*.

(11) En su prólogo a esta obra Terreros dice: “me armé de Diccionarios, yá de Artes, y de Ciencias, y universales, y asimismo de los Libros facultativos , que pedia la variedad de materias que se trataba”.

(12) El estampador fue Manuel Fernández, que declaraba, más tarde, que fueron más de 207 láminas de cobre las que se hicieron para la edición de Terreros, y que, junto con 5.600 estampas, se vendieron a la Compañía de Libreros de Madrid en 1768 y 1773 (RAH 9-7226).

(13) El P. Terreros, para no confundir sus anotaciones con las propias de la obra, avisa al lector que sus notas “ván señaladas con dos estrellitas como éstas. **”, e incluso corrige errores de imprenta o ciertos errores nominativos de algunas láminas. Por ejemplo, “La Manucodiata á Ave del Paraífo”.

La difusión de *El Espectáculo* en versión castellana traspasó el Atlántico. Los “Navíos de la Ilustración” –como los denominó Ramón de Basterra– condujeron esta obra, entre otros libros, a las selectas bibliotecas americanas de ilustrados civiles y eclesiásticos. Las “librerías” de aquella elite “mantuana” se nutrieron de volúmenes europeos. En los años 1759-89, la obra *El Espectáculo* se registra en aquellos cargamentos de libros que arribaron a Caracas, a través de la viuda de D. Santiago Irisarri e Hijo, apoderados de la Compañía Guipuzcoana de Caracas [A.G.I. Contratación 1694]¹⁴. También está inventariada en 1774 en la biblioteca del Obispo de Caracas, D. Manuel Machado Luna, junto a otros importantes volúmenes [A.G.I. Caracas 961].

Merece la pena reseñar que en la Junta General de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País celebrada en Bilbao el 28 del mes de julio de 1793, que, además de “*presentar las actas y ocurrencias (sic)*” de aquel año, se explicita “*un resumen sobre la vida y obra del padre Esteban Terreros y Pando*”, lo que viene a indicar que el jesuita traductor de Pluche y su célebre obra, ya fue valorado igualmente en los años 90 del siglo XVIII por aquellos Amigos y caballeritos vizcaínos.

Notas sobre las vidas del Abad Pluche y del padre Terreros

Nöel Antoine Pluche nació en Reims el 13 de noviembre de 1688. De origen humilde, tras completar sus estudios fue, primeramente, profesor de humanidades y, posteriormente, lo fue de Retórica en la Universidad de Reims, antes de ordenarse sacerdote.

Assumió la dirección del colegio de educación secundaria de Laon, si bien se le retiraron las licencias por negarse a aceptar la bula *Unigenitus* (1713)¹⁵. Por este motivo, se le asignaron dos tutorías priva-

(14) A través de la Compañía Guipuzcoana de Caracas llegó también la obra *Dolencia de la Crítica*, editada en Gerona en 1760, del jesuita P. Antonio Codorniu, autor inmerso en la corriente reformista, pero sin llegar a causar ruptura con la escolástica. Carmen PANERA [(2000), pp. 711-727] alude a varios de estos cargamentos que llegan a Caracas y a La Guaira en la década de 1770, entre otros, la *Geografía* del P. Murillo Velarde y la obra de Pluche, traducida por Terreros.

(15) Esta bula condenaba las tesis jansenistas de Quesnel, expuestas en su obra *Reflexiones morales*.

das, a instancias del jansenista Rollin (los hijos de Gasville, intendente real de Roven –Normandía–, y del inglés Lord Stafford). El Cardenal Claude Fleury le ofreció un lucrativo priorato¹⁶. Sin embargo, tuvo que rechazarlo, ya que ello le habría supuesto aceptar la controvertida bula. Sus enseñanzas y escritos comenzaron a alcanzar notoriedad.

Terrerros, en su prólogo, le define como “hombre irreprehensible en sus costumbres”, “estimado de los Sabios”, que huyó del bullicio cortesano de París, en 1749, y, en la fecha de la traducción de Terreros, parece que seguía con sus laboriosas tareas y, con experiencia e inteligencia, ayudaba a un sobrino en sus tierras (La Varenne-Saint-Maur), que no siendo especialmente fértiles, con aplicaciones “las hace producir muchos, y muy escogidos frutos”. Tras quedarse sordo, el 19 de noviembre de 1761 murió de apoplejía.

Este escritor jansenista francés resultó ser un defensor católico que incorporó una extensa discusión sobre el newtonianismo en su *Histoire du Ciel* (1739)¹⁷, un tratado donde demuestra la conformidad de la ciencia moderna con las enseñanzas del Génesis. La obra por la que es más conocido,¹⁸ *El Espectáculo de la Naturaleza*, está impregnada de un deísmo matizado, pero en ella se promueve el ejercicio de la razón, estimulando la reevaluación de la utilidad e infundiendo la creencia en el progreso [Koepp (2006), p. 155]¹⁹.

(16) Sacerdote y confesor de la alta nobleza francesa, fue también historiador y galicano convencido. Fue célebre por su *Catecismo* y su *Historia Eclesiástica* en treinta volúmenes, y por su pertenencia a la escuela francesa de historia crítica revisionista, que propugnaba el retorno al comportamiento religioso de los antiguos cristianos.

(17) El título completo de esta obra es *Histoire du ciel considéré selon les idées des poètes, des philosophes et de Moïse, où l'on fait voir : 1° l'origine du ciel poétique, 2° la méprise des philosophes sur la fabrique du ciel et de la terre, 3° la conformité de l'expérience avec la seule physique de Moïse*. La edición castellana es de 1775.

(18) Hasta comienzos del siglo XIX, fue ampliamente resumida, imitada e incluso plagiada. Fueron muchos más los lectores que tuvieron *El Espectáculo*, que los que sostuvieron en sus manos un volumen de la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert.

(19) Otras obras de este autor son: *Mécanique des langues et Art de les enseigner* (1751); *Harmonie des Psaumes et de l'Evangile* (1764); *Concorde de la Géographie des différents âges* (1765), edición castellana, Madrid, 1784; *Lettre sur la sainte ampoule et sur le sacre de nos Rois à Reims* (1775).

El traductor de esta obra, Esteban Terreros y Pando, nació el 12 de julio de 1707 en Trucíos, un territorio encartado del Señorío de Vizcaya. Fue bautizado en San Pedro de Romaña, parroquia a la que lega desde 1774 una importante cantidad –40.967 reales 28 mrs.– para fundar Obra Pía y otros apoyos pecuniarios destinados a los indigentes “pobres vergonzantes”. Tenemos noticia de que en 1796 esta Obra Pía (un aniversario perpetuo con misa, minerva y bendición al santísimo todos los sábados y domingos del año y limosnas) no se habían formalizado de *facto*²⁰.

Perteneciente a la Compañía de Jesús desde los 20 años, profesó sus votos en 1744 y culminó sus estudios de Filosofía y Bellas Letras en Villarejo de Fuentes y Oropesa, pasando luego a Alcalá para estudiar Teología. De este tiempo y hasta 1767, año del extrañamiento de los jesuitas de España y América, Terreros ejerció la docencia de latinidad y Retórica, instruyendo con oportunidad en aquellos criterios pedagógicos que se conoce por la *Ratio Studiorum* (1599)²¹.

Enseñó Filosofía y Matemáticas en el Seminario de Nobles y en el Colegio Imperial, lo que permite entrever su experiencia vivida en la docencia diaria y sus quebrantos de salud que le hicieron reposar en Guadalajara. Precisamente, su nueva dedicación a la enseñanza de matemáticas en el Seminario de Nobles, le impulsó a escribir varias Lecciones o *Conclusiones públicas de matemáticas*, que dedicó en tres oportunidades a la familia real: al Infante D. Luis, a la Reina D.^a Barbara de Braganza y al mismo Rey D. Fernando VI²².

(20) En el Archivo de la RAH se halla un grueso expediente (RAH 9-7226) de los procesos de reclamación de pagos de Terreros por la incautación de sus bienes y obras, así como los memoriales presentados por sus testamentarios tras su fallecimiento. También en el apéndice documental del artículo de Álvarez de Miranda [2001] están contenidos algunos de estos memoriales y las reclamaciones de Terreros.

(21) Un verdadero sistema escolar de la Orden, con insistencia en el dominio del latín y cultivo de la oratoria, la habilidad de expresarse con claridad y métodos persuasivos por medio del teatro, la música, los debates públicos y discursos. Se volcaron igualmente en la gramática y la retórica, con insistencia de la instrucción cristiana.

(22) SOMMERVOGEL [(1890-1932)]; URIARTE [(1904-1916)]; URIARTE y LECINA [(1925-1930)]; PÉREZ GOYENA [(1931)] pp. 124-135].

Tras los decretos de expulsión de Carlos III, y a punto de publicarse el *Diccionario castellano con las voces de las Ciencias y Artes*, salió de Madrid con otros jesuitas, retirándose posteriormente a Forlì, en los Estados Pontificios. Allí, entregado a sus estudios y trabajos, falleció el 3 de enero de 1782 a los 74 años, no sin antes ver impresa una de sus últimas obras *Las Reglas acerca de la lengua Toscana*, publicada gracias a la financiación generosa de un indiano del Paraguay [Manuel (1793); Pérez Goyena (1922), p. 458 y (1931), pp. 5-19; Alvarez de Miranda (2001), pp. 45-75]²³.

Preliminares de la traducción de Terreros a *El Espectáculo*

En las dos primeras ediciones el padre Terreros anuncia en el prólogo, al *discreto y amado lector*, el carácter universal de la obra y la necesidad que existía de “una traducción arreglada”. Califica al abad Pluche de *Autor Religioso*, caracterizado por una inmensa erudición, y valora la piedad que el autor manifiesta en sus obras. Concretamente, en *El Espectáculo* se sitúa al hombre en sociedad y con Dios, sin olvidar al hombre en sí mismo y al hombre en sociedad con los demás. Así, “La Naturaleza es un Libro siempre abierto, en que se lee fin ambigüedad el sér de un Dios vivo, y pródigo”. La obra se ofrece a todos (“los Sabios, y los ignorantes”) para sacar *utilidad y entendimiento*, pues las ciencias prácticas y las Artes se explican científicamente, de modo que cada lector pueda encontrar lo que guste. Así, ejercitará su aplicación e ingenio.

Además de un optimismo desbordante del jesuita vizcaíno, vencido de la belleza de la realidad natural que conduce al creador [Riera (2003), p. 193], se observa en su prólogo el interés en convertir las tareas cotidianas en utilidad para el hombre y en el conocimiento práctico de Dios.

Las declaraciones de intenciones de Terreros como traductor van acompañadas de una notable dedicatoria a Dña. Bárbara de Braganza, esposa del monarca Fernando VI. En ella recuerda la idea general de la obra:

(23) Sus restos yacen actualmente en la catedral de Forlì, frente al altar de San Avelino.

la pública felicidad, constituida principalmente en la crianza de la Juventud de uno, y otro sexo, cultivo de las Artes, fomento del Comercio, y mas particularmente en la piedad, y humilde reconocimiento al Autor de la Naturaleza.

A esta dedicatoria le suceden las licencias del Rey (17 de noviembre de 1750) y del provincial de la Orden, padre Alejandro Laguna en comisión del padre Vizconti, General de la Compañía de Jesús (2 de enero de 1752); y las censuras del Bibliotecario Real, D. Manuel Martínez Pingarrón (30 de agosto de 1750) y del presbítero D. Blas Julián Carrera en comisión de Tomás Najera, vicario de Madrid (3 de febrero de 1753). Todos aprueban y valoran la traducción al castellano por el padre Terreros, entendiendo la gran utilidad para la enseñanza de la juventud.

La educación en el tomo XI de la obra de Pluche-Terreros

Las Conversaciones III a V del undécimo tomo tratan la cuestión de la educación²⁴. Hemos creído conveniente ceñirnos a la quinta conversación por explicitar los criterios educativos que debieran aplicarse a la infancia y a la juventud.

El autor, Pluche, trata por separado la educación de las hijas y la de los hijos. No obstante, para ambos hay dos tipos de educación. La primera es la educación superficial, a la que denomina “el arte de agradar”. Lo más importante en ella son las apariencias, el saber comportarse en sociedad y el estar a la última moda. Una educación así es, según el autor, un atraso. El otro tipo de educación es la que proporciona conocimientos prácticos, no solo para la sociedad, sino también para la vida y el espíritu de cada individuo.

El “arte de agradar” o “educación frívola”, en el caso de las mujeres, da como fruto “una grande debilidad, y una especie de estupidez” [Pluche, p. 80]²⁵. El único objetivo consiste en cuidar el físico y la

(24) El tomo completo consta de 397 páginas, distribuidas en siete Conversaciones: I. El origen de la Sociedad; II. El Matrimonio; III. La educación; IV. Los ejercicios de la infancia; V. Aditamento a cerca de la educación. Carta de un Padre de familias; VI. La diversidad de condiciones; VII. La supresión de la mendiguez.

(25) Las siguientes referencias relativas a la obra de Pluche solo indicarán la página correspondiente a la primera edición de la traducción castellana de Terreros.

apariencia, descuidando todo tipo de desarrollo intelectual. Con ello sólo se consigue que el entendimiento de la mujer quede embotado y sus manos entumecidas. Además, resulta perjudicial para la salud, por el excesivo reposo y el escaso ejercicio físico que realiza.

En el caso de los varones, “el fruto de esta admirable educación será exonerarse en delante de toda inquietud, y [...] seguir en todo su voluntad, y albedrío” [p. 137]. El “arte de agradar” pasa por mérito, talento y virtud. No obstante, la base de este arte es la sumisión, al estar siempre pendiente de agradar a los demás. Son dos los modos para cautivar. El primero de ellos se realiza mediante el juego, apostando fuerte y mostrando tranquilidad e indiferencia ante la pérdida. Es necesario guardar las apariencias, aunque esa pérdida le lleve a la miseria. La segunda forma de atraerse la simpatía de los demás es por medio de lo que Pluche denomina aire de libertad y charlatanería. Sus palabras, acciones y gestos están encaminados a agradar y a lucirse. Se hace el importante y siempre está atento a lo que dicen de él. Terreros considera más adecuado llamar charlatán a este tipo de hombres, en lugar de petimetre, como aparece en el original francés. Con esta educación tan superficial, que solo se fija en la moda, la música, los perfumes, los modales en la mesa y los paseos, el sujeto se convierte en un comediante, impetuoso y chocarrero que se burla de todo.

Aunque Pluche critica duramente esta educación trivial, reconoce que es preciso no descuidar el exterior, con el fin de hacer a los sujetos más sociales. Por tanto, junto a unas pautas básicas del “arte de agradar”, al niño hay que proporcionarle otro tipo de conocimientos más provechosos. Es lo que el autor denomina *educación práctica*. Las consecuencias serán que a la joven la mantendrá ocupada y la hará feliz; le facilitará el gobernarse por sí misma; y será útil a su familia y a la sociedad. En el caso del joven, este será el consejo y el amparo de su familia. El autor se centra en indicar cómo ha de realizarse este tipo de educación. En ambos casos, tanto en las niñas como en los niños, habrá que comenzar la educación desde muy temprano (los cuatro años). Habrá que tener paciencia porque el proceso es lento y los resultados no son inmediatos.

El abad Pluche señala cuáles son los conocimientos básicos con los que deben contar, igualmente, niños y niñas. Se pueden agrupar en dos tipos: los conocimientos relacionados con la adquisición de *habilita-*

des, tales como leer, escribir y contar, y los conocimientos relativos a *materias*, principalmente, la historia (sagrada y profana). Es en este grupo en el que el autor añade un mayor número de disciplinas a conocer por parte del niño, tales como latín, griego, geometría, etc.

La educación comienza con la adquisición de habilidades. La primera de ellas es leer. El autor considera conveniente que tanto los niños como las niñas aprendan a leer²⁶. Incluso, es partidario de la alfabetización universal al comentar que el hecho de conocer las letras es útil para todos los estados. Recomienda que los niños comiencen el aprendizaje de las letras a los cuatro o cinco años, a diferencia de lo que se acostumbraba hasta entonces, que no se empezaba hasta los ocho o nueve años. El autor propone cinco métodos, basados en el juego:²⁷ la pantalla con aberturas, la caja con naipes, las bolas con diversas caras, las varillas de plomo y el escritorio tipográfico²⁸. Todos se fundamentan en el mismo principio: se presentan al niño los caracteres por separado y se le va enseñando a leerlos, tanto por separado, como unidos, formando, de ese modo, sílabas y palabras.

Pluche se inclina por el escritorio tipográfico, al considerarlo el más útil. Consiste en un pequeño armario con cuatro o cinco filas de gavetas en las que se ordenan diversos paquetes o naipes, que tienen escritos en el dorso las letras, sílabas, etc. La puerta del escritorio se sujeta a modo de mesa, en la cual el niño ordena las letras, como si fuera un impresor. Este método facilita la lectura y la abrevia. Es divertido; entretiene al niño, lo mantiene en movimiento. También se puede utilizar como juego de rol y de competición. Incluso suple el escribir, aunque no enseña a escribir.

El éxito de la lectura dependerá de la continuidad y del estímulo. Para ello, es preciso huir de la monotonía, así como conseguir que el niño lea con las inflexiones ordinarias de la conversación y que, a con-

(26) En la p. 140, el autor comenta que enseñar a los niños a leer a una edad temprana es más urgente que en las niñas.

(27) También esta idea es novedosa, al rechazar el modo serio en que se solía realizar el acercamiento a las letras.

(28) Terreros enriquece el texto añadiendo una nota a pie de página en la que indica el nombre del inventor del escritorio tipográfico: M. du Mas de Mompelieir (*sic*).

tinuación, relate lo que ha entendido. De esta manera, con cinco años el niño sabrá leer bien. Después se podrá ir introduciendo al niño (y no a la niña) en la gramática y en la composición latina,²⁹ evitando en todo momento las ideas abstractas.

Una vez que el infante se ha familiarizado con la lectura, se procede al ejercicio de escribir. Este aprendizaje no solo corresponde a los niños varones. Tanto el abad Pluche como el padre Terreros insisten en la importancia de que las mujeres sepan escribir. Así, Terreros no entiende que haya gente contraria a la alfabetización de las mujeres: “es absolutamente fuera de razón” [nota en p. 90]. Por su parte, Pluche comenta que es necesario:

procurar los medios de que una señorita logre este importante socorro, que la constituye en estado de no dexarse engañar, y de servir á los otros : digamoslo mejor ; de gobernarlos bien³⁰.

El método que Pluche propone para niños y niñas es comenzar por realizar los trazos sobre pauta, con el fin de adquirir soltura y aprender la forma de las letras. El segundo paso consiste en realizar los efectos de la pluma; esto es, el trazo grueso, el fino y el mixto. Sin embargo, el padre Terreros señala en nota a pie de página que es preferible invertir el orden. Es decir, primero será conveniente adquirir una buena forma de las letras y después vendrá la soltura en la escritura.

Durante un año o más se practicará la escritura, copiando diariamente párrafos de historia, al principio dictados por otra persona y, después, el mismo niño escribirá aquellos pasajes que, de tanto repetírseles, conozca bien. A la edad de diez u once años, el niño será capaz de escribir con soltura, “tan naturalmente como habla” [p. 88]. El autor aconseja, como práctica común, escribir cartas. En la educación de las

(29) Sobre la gramática, el autor comenta en el apartado dedicado a la educación de las hijas que es un estudio muy seco y nada adecuado para la infancia (pp. 85-86). En cuanto al aprendizaje del latín, Pluche no lo considera, en general, útil para la mujer; se trata de un estudio fatigoso que no le ayuda a “perfeccionar el natural feliz, que Dios la diò” (pp. 92-93). Sin embargo, se exceptúa el estudio del latín de “buenos Autores, y de las preces de la Iglesia” (p. 93).

(30) p. 86.

niñas, recomienda emplear, al menos un año, en la redacción de cartas, a personas conocidas, empleando ideas claras y familiares, sin aturdira con ortografía y gramática³¹.

En esta primera fase de la educación será muy útil disponer de una biblioteca básica, que conste de los evangelios, la predicación de los apóstoles, el Catecismo, con la instrucción del párroco, además del Catecismo del abad Fleury, el Antiguo Testamento y las costumbres de los cristianos, que contiene el espíritu y la sustancia de la historia eclesiástica. El autor, a la hora de hablar de la redacción de cartas, comenta que puede consultarse una gramática francesa. El padre Terreros sustituye dicha obra por la Gramática Castellana.

En cuanto a la tercera habilidad, la de contar, se va adquiriendo al tiempo que la escritura. El autor señala que “todos pueden saber contar” [p. 85]; comenta que no es difícil. Simplemente requiere práctica y paciencia. Al niño se le acostumbrará “à saber ordenar una cuenta, siguiendo cualquiera de las reglas de la Arithmetica” [p. 156].

En resumen, según el abad Pluche:

Saber leer , escribir , contar , disponer , ó dictar bien una carta , hablar bastantemente su propria lengua , leyendo , por lo comun , sin error , ni tropiezo lo que se le ofrece : esto es lo que yo llamo el primer necessario , y el comun indispensable de la buena crianza³².

Una vez aprendidas las habilidades anteriores, es el momento de pasar al otro tipo de conocimientos: el relativo a las materias. Este aprendizaje ocupará la preadolescencia (de los diez a los doce años, aproximadamente). El abad Pluche se centra en el estudio de la Historia, que “es una fuente perenne de gusto , que crece à medida , que se adelanta en ella : no es estudio seco , insipido , y descarnado” [p. 94]. La Historia es la base de la educación de la persona, ya que su estudio “no fastidia , y hace brotar en el corazon el amor de la verdad , y solidez” [p. 116]. El objetivo de su aprendizaje no es otro que cono-

(31) El género epistolar alcanzó un notable desarrollo en el siglo XVIII, sobre todo en el ámbito femenino.

(32) pp. 158-159.

cer ordenadamente los principales acontecimientos acaecidos desde el principio del mundo hasta la actualidad, así como los lugares en que sucedieron.

En primer lugar, es preciso estudiar la historia sagrada, desde los orígenes hasta la destrucción del Templo de Jerusalén. Para ello, el autor propone un método: emplear hasta un total de catorce mapas específicos, en los que poder situar los hechos. Respecto de la cronología, en el caso de las niñas, es recomendable utilizarla con moderación, para no abrumarlas con fechas³³.

Una vez aprendida la historia sagrada se puede pasar al conocimiento de la historia profana. Para ello, se propone el mismo método que en el estudio de la historia sagrada: en diferentes mapas se representan los pueblos antiguos, las rutas marítimas, los hechos de historia medieval y moderna, etc.; se sitúan las historias mitológicas, “advirtiendo , que el todo es fabuloso” [p. 101]; y se trazan los viajes y expediciones más reseñables.

En realidad, el autor propone combinar la Geografía y la Historia. La primera ayuda a comprender los sucesos:

Quitale lo geographico à todos estos sucessos , y yá no se sabe en donde passan las cosas , no se vé la concatenacion , ni las razones que hubo para ellas³⁴.

La Historia, por su parte, ayuda a retener los lugares:

Quitese del mismo modo lo historico à la Geographía , o intentese en la memoria el orden de los Lugares , sin el socorro de un viage , ò de una historia , que nos haga seguir à un Aventurero , ò Conquistador , que nos ocupa , y conduce como unidos à sus intereses , y al motivo que le hace dexar un Lugar , y passar à otro³⁵.

(33) Pluche no comenta nada especial sobre la cronología que han de estudiar los niños.

(34) p. 102.

(35) pp. 103-104.

El abad Pluche insiste en la necesidad de unir Geografía e Historia:

la idea de un acontecimiento memorable , ò de una singularidad digna de nota , que acaeció en cada uno de los parages en que hubo alguna detencion , ò pausa [...] encadena agradablemente el todo , y le coloca por su orden en la memoria. Los Lugares mismos , que aun no se conocen , ni se notaron , segun se desea , en el mapa , por evitar confusion , se hacen claros , y tan capaces de retenerse , como todos los demás , luego que se sabe , que están cercanos à tal , ò tal Lugar conocido³⁶.

Después de estudiar la Historia, es preciso que sea escrita por uno mismo. Es esta la manera adecuada para aprender Historia: leer un capítulo, repetirlo en voz alta y escribirlo. Además de ser un modo divertido de aprender,

La verdadera ventaja de este método es dár insensiblemente , y por medio de una práctica indeleble al entendimiento , y al estilo una noble reñitud³⁷.

El autor proporciona una bibliografía de la cual extraer material con el que escribir la Historia:

1.º La obra de los seis días. 2.º La historia del Testamento Viejo con sus reflexiones. 3.º La explicacion de los Libros de los Reyes. 4.º La historia de los Judíos por Humfrei Prideaux. 5.º La Vida de Jesu-Christo por M. de Tourneux. 6.º Los Discursos de Bossuet sobre la Historia Universal. 7.º La Historia Ecclesiastica por M. Fleury³⁸.

Detrás de la quinta obra, el padre Terreros añade una nota para indicar que las obras anteriores pueden ser substituidas por la *Historia del Pueblo de Dios*, del P. Berruyer y la *Historia del Establecimiento de la Iglesia*, del P. Montrevil.

(36) *Ibíd.* A esta unión la denomina Geografía histórica [pp. 104, 237].

(37) p. 108.

(38) p. 106.

Todo el aprendizaje se realizará bajo la supervisión de un maestro que estimule y oriente en Historia y en ortografía a los jóvenes, de manera que vayan profundizando en las materias. En caso de que las señoras quieran perfeccionar su saber en la historia profana, Pluche les recomienda los libros de M. Rollin, la Historia del R. P. Daniel, la del R. P. de Orleáns, la de M. el Abad de Vertot, etc. Nuevamente, Terreros modifica la relación para adaptarla a la situación del estudiante español, indicando que es suficiente con la Historia del padre Juan de Mariana³⁹.

Cuando el entendimiento esté formado, será conveniente que las señoras estudien muy brevemente la fábula y su contexto, con el fin de comprender muchas de las pinturas y de las obras literarias⁴⁰. No habrá que emplear más de un mes en este tipo de aprendizaje. Bastará con clasificar los dioses por categorías, junto a sus símbolos dibujados, y conocer la historia de cada uno. A continuación, mediante el juego, se citará un escenario y se describirá el personaje, con el fin de que la señorita o muchacho lo acierte.

Una vez adquirido el gusto por la historia, los demás conocimientos llegarán por curiosidad: las principales reglas de elocuencia y poesía; la historia natural; y los tesoros de su lengua, es decir, los libros piadosos. Terreros apunta que, al contrario de lo que señala Pluche, la nación francesa no es la única en la producción de excelentes obras piadosas, por lo que cita a autores españoles reseñables, como Fr. Luis de Granada, el padre Luis de la Puente y Eusebio Nieremberg.

Hasta aquí, se puede suponer una educación similar para hombres y mujeres, si bien, como se ha ido señalando, la educación para las mujeres ha resultado ser más laxa en algunos aspectos (gramática, ortografía, cronología). El abad añade una serie de conocimientos diferentes para los niños y para las niñas. Así, acerca de la educación de

(39) En la p. 246, Terreros añade otros autores: Fray Luis de Granada, Rivadeneira, Fray Luis de León, Solís, etc. Todos ellos “son muy buenos por la pureza de su lenguaje al mismo tiempo que las materias que tratan siendo tan varias pueden instruir mucho”.

(40) Entendemos que este aprendizaje es también útil a los varones, al señalar el autor, cuando habla de la educación que han de recibir los niños, que no va a repetir lo que ya dijo hablando de la educación de las niñas (pp. 156-157).

las niñas es partidario de que estas vayan aprendiendo paulatinamente sus labores manuales, que evitan la perniciosa ociosidad y encubren el gusto por la ciencia y la lectura, al practicar esta mientras realizan sus manualidades. Esta misma prudencia les llevará a suprimir cualquier parcialidad en religión. De este modo, “mantendrá a toda su familia en paz , y hará feliz al marido” [p. 119].

El apartado dedicado a los hijos se presenta más frágil en cuanto a desarrollo de ideas y de contenidos, en ocasiones contradictorios. Reitera numerosas ideas, al tiempo que no explica otros conceptos que adelanta.

A partir de los doce o trece años, el abad comenta que el muchacho estará preparado para introducirse en la Geometría y otras ciencias relacionadas con las matemáticas (Agrimensura, Astronomía, Arquitectura, Óptica, Navegación, Fortificación, etc.). Para facilitar el aprendizaje de estas materias, propone utilizar lo que hoy conocemos como “juegos de construcción”. Resulta igualmente útil proporcionar al muchacho máquinas y otros objetos cotidianos que pueda desmontar y volver a montar, con el fin de despertar en él la curiosidad.

Pluche señala que es conveniente aprender otras lenguas. Así, asegura que es posible manejar dos o tres lenguas, además de la materna, sin mucho esfuerzo ni tiempo⁴¹, con los medios anteriormente expuestos; esto es, el escritorio tipográfico, las estampas, las máquinas, etc.⁴². Además de enumerar las lenguas europeas habladas en su época, selecciona las más convenientes para el aprendizaje. De este modo, las lenguas inglesa e italiana las considera muy útiles para el estudio de las ciencias. El francés ha desplazado al alemán a la hora de viajar y es empleado para el comercio en las Cortes y en las ciudades europeas. Y sobre la lengua española, dice:

(41) En la p. 174 asegura que “las lenguas no se aprenden fino por eco , y por imitación. Aquí no hay Diccionario , aquí no hay tropiezos , ni aquí hay lágrimas”.

(42) “Afsi se fomenta y aprenden las lenguas , afsi se forma el entendimiento , y afina el gufto” [p. 229]. Véanse, pp. 251-256.

La lengua Española , por el contrario , encerrada en un rincón del Mundo (**), y no habiéndose distinguido en la literatura , sino es por medio de libros de devoción (**), que se pueden muy bien suplir , no convida à persona alguna à aprenderla , aunque entre todas las lenguas vivas es la que tiene mas armonía , y se aproxima mas à la riqueza de la lengua Griega , yà sea por la diversidad de su colocacion , orden , y frases , ó yà sea por la multitud de sus terminaciones , siempre llenas , y perfectas , y por la justa longitud de sus terminos tan hermosos siempre , y tan sonoros⁴³.

Las puntualizaciones que realiza Terreros son sutiles, a la vez que agudas. Respecto a que el español se encuentra arrinconado, el traductor comenta:

A casi toda la America descubierta , buena parte del Asia , y muchos otros parages de Europa , en que se habla la lengua Española , no parece justo llamarles un rincón del Mundo , siendo la mayor parte de èl.

En cuanto a la falta de literatura española:

Las Bibliotecas de España nos dicen , que no està su Nacion tan pobre de libros de literatura; y tal vez las estrangeras han sabido aprovecharse de ellos.

Pluche insiste en que la única manera de aprender las lenguas vivas es habitando en el país donde se hablar la lengua que se desea aprender o, si ello no es posible, practicarlas constantemente con los que las hablan.

Por último, el autor no se olvida de lenguas antiguas como el latín, el griego y el hebreo, por ser fuentes de erudición. Se centra en el aprendizaje del Latín. Como es una lengua muerta, habrá que aprender una correcta latinidad, si se desea hablarlo adecuadamente [pp. 201-205, 210-215 y 210]⁴⁴. El aprendizaje se basará en pocas reglas y mucha práctica, comenzando por la traducción y siguiendo

(43) Pp. 163-164.

(44) Cf. p. 166 donde comenta que es un riesgo hablarlo, por ser casi imposible hacerlo de forma apropiada.

por la composición⁴⁵. Se insiste en que el joven no componga tema alguno “sea con la voz viva , y repentinamente , ó sea con la pluma en la mano , y à solas,” sin auxilio del maestro y un modelo agradable [p. 201].

Pluche facilita una extensa bibliografía latina de autores clásicos y modernos para el estudio de la historia sagrada y de la historia natural⁴⁶. Terreros amplía estas referencias valorando a Francisco Sánchez el Brocense y la *Biblioteca Hispana* de Nicolás Antonio, como clave en la consulta bibliográfica de autores [p. 184]. A partir de la lectura de obras de latinidad pura y simple (pasajes de Varrón, Paladio, Plinio, Agrícola, Rondelecio o Willughy), el joven puede, además de entretenerse, aprender cosas prácticas y de utilidad. El autor elogia especialmente los doce libros de Columela, por “tratar cosas sumamente prácticas , y comunes de un modo simple”, además de mostrar de manera agradable “lo util , lo honesto , lo justo , la buena crianza”, que representan el “alimento mas sano para la razon” y las “luces mas provechosas para la sociedad” [pp. 224-225].

Para poder lograr todos estos valores, la figura del maestro es fundamental, especialmente, cuando el niño tiene siete u ocho años [p. 175]. Tanto Pluche como Terreros, desde sus experiencias como docentes, son conscientes del insustituible papel del maestro. Según Pluche, los preceptores hacen el camino muy cómodo [pp. 225-228, 244]. Por esta misma razón se explican las características de un buen maestro. Este será juicioso, con aplicación infatigable y de virtud experimentada [pp. 198, 216]. Tendrá siempre presentes sus propios objetivos y los

(45) “Apliquen estas reglas por medio de algunos renglones de un Autor facil , que fe le hará al principio traducir del latin à su lengua materna , y luego volverle de esta al latin” [p. 183]. El autor remite al lector a la obra *Tratado de los estudios. Arte de estudiar la lengua Latina*, del abad Rollin, como autoridad en la enseñanza del latín, y transcribe, al efecto, un fragmento de dicha obra [pp. 170-172]. Pluche recomienda una serie lecturas, de pasajes sencillos y latinidad perfecta, en las pp. 192-193: Severo, Cornelio Nepote, Aurelio Víctor y César. Terreros señala que la Vulgata no es adecuada para aprender un buen latín.

(46) Entre los autores modernos más recomendados por Pluche y Terreros, además de Erasmo [p. 249], se encuentran Bossuet y Rollin. Estos últimos “fueron de los que escribieron mejor la lengua Latina , y de los que mas dominio tuvieron en la Francefa” [p. 218].

métodos de enseñanza, pero sin darlos a conocer a los niños, a quienes atraerá y formará su entendimiento, sin abrumarlo [p. 183]. Sabrá elegir lo apto para formar el estilo del alumno joven [pp. 209, 220]. Fomentará en el niño la expresión de sus razonamientos con términos sencillos [pp. 231, 251]. Conducirá hábilmente al discípulo por medio de práctica escogida y frecuente [pp. 108, 222, 229, 232] y estimulará diálogos y ejercicios a viva voz, con el fin de conservar su propia salud. Así, el maestro no fatiga “tanto fu cabeza , ni rebienta fus pulmones , y logra el placér de efcuchar aquellos nuevos Oradores” [pp. 213-214]. De este modo, también se contribuye a la práctica y aliento de hablar en público, desplegando capacidades de cortesía y “agaffajo”, así como el buen gusto [pp. 214-215, 218].

En definitiva, la gloria del maestro consiste en fortificar la razón y formar el entendimiento, enseñando al joven con propiedad, sin embarazo y sin bajeza: “Si no llegàremos por esta via a facar Poëtas excelentes , é Hiftoriadores exactos , llegarémos à lo menos à multiplicar en la Republica Ciudadanos sólidos , y hombres juiciofos” [p. 231].

Además de las peculiaridades de los maestros y los consejos que se les proporciona, a lo largo de esta conversación se presenta la metodología a seguir en la enseñanza. Puede resumirse en seis puntos:

1. Utilizar imágenes: vistas o descritas. Este método es válido tanto para la infancia como para la juventud. Concretamente, las estampas son muy útiles, ya que ayudan a “fixar la ligereza de los pocos años” y a transportar al niño al mundo antiguo “y a las partes tan diversas , que componen el mundo moderno” [p. 160]. Dicho de otro modo, es importante conseguir que lo que se enseña sea visualmente atractivo.
2. Proporcionar diversión. Es preciso que el aprendizaje sea agradable y lograr que el niño lo desee. Para ello son muy válidas las máquinas y las artes.
3. Despertar su curiosidad. “La curiosa averiguacion , que ha sido conducida con acierto , nunca està ociosa , y facilmente se inclina à buen lado” [p. 115]. A través de ejercicios prácticos, novedades sencillas y objetos campesinos, el niño busca el conocimiento y lo práctico [p. 237].

4. Mantenerle ocupado, entretenido, y, a ser posible, en movimiento. Es conveniente alternar diferentes actividades para evitar el aburrimiento y el hastío [p. 232].
5. Hacer que el joven reflexione y se cuestione los conocimientos. Sin desterrar el ejercicio de memoria, se debe enseñar al joven a razonar y a forjar su entendimiento, asegurando el orden de sus ideas y desechando la vana ostentación de pensamientos ingeniosos [pp. 268-269].
6. Escribir pequeñas composiciones para ejercitar la razón y perfeccionar el estilo. Al mismo tiempo, potenciar los debates de emulación entre dos grupos en la clase, así como los recitados, que serán seleccionados de escenas de autores como Plauto y Terencio. De esta manera, el maestro está seguro de atraer y formar al joven con un acto completo y, a la vez, divertido [p. 240-241].

A lo largo de todo *El Espectáculo*, tanto Pluche, como Terreros en su traducción, ofrecen, además de los criterios pedagógicos, fórmulas para un tratado de la amistad y del oficio del conocimiento. Con una afinidad más que notable con la filosofía ilustrada que preconizan el Conde de Peñaflorida y la Real Sociedad Bascongada, busca en todo momento formar jóvenes útiles a la familia y a la sociedad. Así mismo, merece la pena transcribir una última reflexión que apunta hacia la cultura de la juventud y la propia filosofía de las escuelas, en cuanto a una elección de camino o estado de vida: “Este es el camino; si la razón humana no vá por él, camina por las tinieblas; y si quiere tomar otro rumbo, dà en peligro, y se aventura” [p. 270].

Bibliografía

AGUILAR PIÑAL, Francisco [1995]: *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, Madrid, C.S.I.C., t. VIII.

ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro [2001]: “El P. Terreros antes y después de la expulsión” en Manfred TIETZ (ed.) y Dietrich BRIESEMEISTER (colab.), *Los jesuitas españoles expulsos. Su imagen y su contribución al saber sobre el mundo hispánico en la Europa del siglo XVIII. Actas del Coloquio Internacional de Berlín (7-10 de abril de 1999)*, Madrid-Frankfurt am Main, Vervuert-Iberoamericana, pp. 45-75.

- ASTIGARRAGA, J., ZABALZA, J. [2006]: *La economía en los diccionarios y las Enciclopedias del siglo XVIII*, Madrid, AEHE.
- BAUMER, Franklin [1985]: *El pensamiento europeo moderno. Continuidad y cambio en las ideas. 1600-1950*, México, Fondo de Cultura Económica.
- COBBAN, Alfred (dir.) [1990]: *Historia del mundo moderno*, Barcelona, Cambridge-Sopena, tomo VII, “El siglo XVIII. Europa en la época de la Ilustración”, pp. 61-81.
- HAZARD, Paul [1946]: *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, Revista de Occidente.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de [1858]: *Memorias sobre la educación pública*, BAE, tomo XLVI, Madrid.
- KOEPP, Cynthia J. [2006]: “Curiosity, Science and Experiential Learning in the 18th Century: Reading the Abbé Pluche’s *Spectacle de la Nature*”, en Andrea IMMEL y Michael WITMORE (dirs.), *Childhood and children’s books in early Modern Europe, 1550-1800*, New York-London, Routledge, pp. 153-180.
- LÓPEZ CORDÓN, M^a Victoria [1994]: “Introducción” a *Josefa Amar y Borbón, Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, Madrid, Cátedra, pp. 1-52.
- MANUEL, Miguel de [1793, ed. facsímil 1987]: “Memorias para la vida y escritos del P. Esteban Terreros”, en Esteban TERREROS Y PANDO (S.J.), *Diccionario Castellano con las voces de ciencias y artes*, Madrid, Arco, tomo IV, pp. V-XIV.
- PANERA, Carmen [2000]: “La edad de la Ilustración en España. Lazos de fortuna, devoción y saber en el País Vasco y América”, *Itsas memoria*, n.º 2, pp. 711-727.
- PÉREZ GOYENA, Antonio (S.J.) [1922]: “Contribución de los jesuitas al Diccionario de Autoridades”, *Razón y Fe*, n.º 63, pp. 458-481.
- [1931]: “Un sabio filólogo vizcaíno”, *Razón y Fe*, n.º 94, pp. 5-19 y 124-135.
- RIERA PALMERO, J., RIERA CLIMENT, L. [2003]: *La ciencia extranjera en la España Ilustrada. Acta histórico-médica vallisoletana*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- SÁNCHEZ-BLANCO PARODY, Francisco [1991]: *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*, Madrid, Alianza.
- SARRAILH, Jean [1979²]: *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México-Madrid, Fondo de Cultura Económica.

- SEMPERE Y GUARINOS, Juan [1785-1789, ed. facsímil 1969]: *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, Gredos, 6 tomos en 3 vol., t. VI.
- SOMMERVOGEL, Charles (S.J.) [1890-1932]: *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, Bruxelles, Oscar Schepens, 11 vols.
- URIARTE, J. E. (S.J.), LECINA, M. (S.J.) [1925-1930]: *Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesús perteneciente a la antigua asistencia de España desde sus orígenes hasta el año de 1773*, Madrid, Imprenta de la Viuda de López del Horno, 2 vol.
- URIARTE, José Eugenio de (S.J.) [1904-1916]: *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua asistencia española. Con un apéndice de otras de los mismos, dignas de especial estudio bibliográfico (28 sept. 1540 - 16 ag. 1773)*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 5 vol.
- VALERO, José Antonio [2002]: “Razón y nación en la política del primer dieciocho”, *Espéculo. Revista de estudios literarios*, n.º 22, Universidad Complutense.